

FINLAY Y SU OBRA FUNDAMENTAL

Discurso leído ante la Academia Nacional de Medicina de México, en la sesión del día 29 de julio de 1931, dedicada al III Congreso Médico Pan-Americano, por el doctor Jorge LE ROY Y CASSA. Secretario de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, Delegado de la misma ante la Academia Nacional de Medicina de México

Un modesto médico cubano nacido casi un siglo ha (1833) en la legendaria patria de Agramonte, en el histórico Camagüey, presentó hace cincuenta años en nuestra Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, un trabajo que entonces quedó sobre la mesa a petición del inolvidable Secretario General de la Corporación, doctor Antonio Mestre, (1) porque ninguno de los académicos concurrentes a la sesión se atrevieron a discutirlo, considerándolo después a *sotto voce* como la obra de un **Chiflado**, dada la novedad de las doctrinas que en él se proclamaban.

Ese modesto médico, —cuyo nombre, **Finlay**, es conocido hoy por todo el mundo sabio y es pronunciado con respeto y veneración por todos los hombres de verdadera ciencia—, sufrió como todos los creadores de grandes transformaciones científicas (Jenner, Pasteur, etc.), los embates de la crítica primero, los ardides de la usurpación de su gloria más tarde, y hasta se ha tratado de desconocer, y desnaturalizar su obra, o de presentarla como la de un continuador de lo que otros antes que él habían dicho, refiriéndose a la terrible fiebre amarilla; pero, de todas maneras, tratando de llevarlo a un segundo plano, atribuyendo a los médicos de la Comisión Militar Americana, que sólo **confirmaron** las doctrinas enunciadas por Finlay, veinte años antes, y a Gorgas, mi amigo muy querido, quien sólo **las aplicó**, a la gloria que a Finlay, y sólo a Finlay pertenece. (2)

Permitidme leeros unos párrafos del trabajo que en 1921, presenté en New York, ante la American Public Health Association. Dije allí:

“...el Gobierno Americano, al ocupar la Isla de Cuba, tuvo como mira principal la extirpación de la fiebre amarilla, fantasma que horrorizaba a los extranjeros, pero que la mayoría de los habitantes de este bello país miraba con resignación musulmana, creyendo que era ella una calamidad que tenían que sufrir los que arribaran a sus costas, sin que atacara a los nativos.”

“Desde el 18 de febrero de 1881 había Finlay proclamado en la

Conferencia Sanitaria de Washington", que tres condiciones eran necesarias para que la fiebre amarilla se propagase. A saber:

10. La existencia previa de un caso de fiebre amarilla, comprendido dentro de ciertos límites de tiempo con respecto al momento actual.
20. La presencia de un sujeto apto para contraer la enfermedad.
30. La presencia de un agente cuya existencia sea completamente independiente de la enfermedad y del enfermo, pero necesaria para transmitir la enfermedad del individuo enfermo al sano."

"Allí no mencionó Finlay todavía cuál fuera el tal agente; pero en el trabajo titulado "El Mosquito hipotéticamente considerado como agente de transmisión de la Fiebre Amarilla", leído en la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, el 14 de agosto de ese mismo año 1881, ya lo menciona y dice que no es otro que el mosquito del género *culex*, sintetizando su admirable teoría en las siguientes memorables líneas":

"Tres condiciones serán, pues, necesarias para que la fiebre amarilla se propague:

- "10. Existencia de un enfermo de fiebre amarilla, en cuyos capilares el mosquito pueda clavar sus lancetas e impregnarlas de partículas virulentas, en el período adecuado de la enfermedad.
- "20. Prolongación de la vida del mosquito entre la picada hecha en el enfermo y la que deba reproducir la enfermedad; y
- "30. Coincidencia de que sea un sujeto apto para contraer la enfermedad alguno de los que el mosquito vaya a picar después."

"No obstante la claridad y exactitud de ese trabajo; de la persistencia con que Finlay siguió presentando las pruebas de su teoría; de las inoculaciones que al efecto comenzó el 30 de Junio de 1881 en un soldado de los 20 que le facilitó el Gobernador General, Marqués de Peña Plata, y que continuó en los Padres de la Compañía de Jesús que desde el principio aceptaron las doctrinas de la transmisión culicida; a pesar de haber demostrado, el doctor Guiteras antes que ningún otro médico, que el niño cubano padecía la fiebre amarilla, seguía pensando tozudamente que el vómito negro era un mal ineludible, y que toda la lucha para combatirlo debía concentrarse en los problemas de la aclimatación tropical."

"Cuando Finlay retornó de los campos de batalla de Santiago de Cuba, donde prestó sus servicios con las fuerzas americanas que combatían a España, leyó en la Academia de Ciencias de la Habana (13 de noviembre, 1898) un trabajo sobre "Los mosquitos considerados

como agentes de transmisión de la fiebre amarilla y de la malaria”, cuyo párrafo final dice textualmente así:

“Con arreglo a las teorías del mosquito, para librar a la Isla de Cuba de las dos plagas más terribles que azotan su suelo, habrá, pues, que declarar guerra sin tregua al mosquito y rodear cada enfermo de fiebre amarilla o de malaria de todas las precauciones imaginables para que esos insectos no puedan contaminarse en las personas ni en los productos infecciosos de los enfermos.”

“Por esos tiempos el profesor Sanarelli había anunciado al mundo el descubrimiento del “**Bacilo Icteroides**” que lleva su nombre, atribuyéndole la propiedad de ser el agente etiológico de la fiebre amarilla. Los americanos que en 1879 habían mandado a Cuba una comisión presidida por el profesor Chaillé y cuyo Secretario fue el doctor George Sternberg, para estudiar la enfermedad endémica en este país, prepararon en 1900 otra comisión, integrada por los doctores W. Reed, como Presidente, J. Carrol, J. W. Lazear y A. Agramonte, para que vinieran a Cuba a estudiar las enfermedades infecciosas y especialmente la fiebre amarilla. Empezaron por descartar el bacilo de Sanarelli, y teniendo en cuenta el fracaso de todas las medidas de aislamiento, desinfección y demás llevadas a cabo con intensidad por el Gobierno de su nación, consideraron entonces la desdeñada y casi olvidada teoría del mosquito sustentada hacía tantos años por Finlay. Establecieron en los Quemados de Marianao (por rara coincidencia en el mismo lugar donde mucho tiempo antes comenzara Finlay sus inoculaciones en la finca de descanso y aclimatación de los Jesuítas) el campo de sus experimentos que se llamó “Camp Lazear” en memoria de ese insigne médico víctima de su devoción a la ciencia. Allí realizaron las admirables observaciones y comprobaciones que confirmaron por completo las doctrinas culicidas enunciadas por Finlay, y suprimieron de una vez y para siempre la idea de la infección por los fómites para esa enfermedad.”

“Penetrados el General Wood y el Major Gorgas de la verdad, y vistos los fracasos experimentados por las medidas higiénicas implantadas anteriormente, fracaso que demostró la reaparición de la epidemia amarilla que parecía casi agotada después de la evacuación española, presentándose en el año 1900, en invasión enorme sobre la ciudad, con 1,300 casos registrados y 322 muertes, contra 289 casos con 105 defunciones acaecidos en 1899; ante la infección tan grandemente generalizada como demostré en mi trabajo “Estadística de la Fiebre Amarilla”, presentado al Congreso Sanitario In-

ternacional que se celebró en la Habana en febrero de 1902, desecharon todos los medios anteriormente empleados para combatirla, y en 4 de febrero de 1901 inició Gorgas la campaña verdaderamente culicida, con éxito tal que en los nueve primeros meses de ese año sólo hubo noventa y seis casos con veinticinco muertes, registrándose el 28 de septiembre el último caso autóctono de fiebre amarilla en la Habana, después de haber en ella reinado de manera endémica desde el año 1761 en que fué importada de Veracruz (México), y de haber causado estragos epidémicos con anterioridad, desde 1649 en que consta fué introducida hasta el año 1655, según los datos históricos sabiamente reunidos y compulsados por el propio "Finlay"; y comprobados por mí en mi trabajo del Congreso de 1927. (3).

"La historia posterior a la confirmación de la eficacia del tratamiento sanitario preventivo de la fiebre amarilla, es demasiado bien conocida para que sea necesario recordarla. Basta decir que las investigaciones experimentales realizadas por Ross y Guiteras en el hospital "Las Animas" en 1901-902; las de Ribas y Lutz, y las de Pereira, Gómez de Silva y Barros en 1903 en Sao Paulo; las de Parker, Beyer y Pothier en 1903 en Veracruz; las de la Misión Francesa compuesta por Marchoux, Salimbeni y Simond, enviada por el Instituto Pasteur de París a Río de Janeiro en el mismo 1903; las de la Comisión Alemana de Hamburgo, también en Río de Janeiro en 1904; las de la Comisión de la Escuela de Medicina Tropical de Liverpool en Pará (Brasil) en 1906; y finalmente las emprendidas por la Fundación Rockefeller de las que formaron parte integrante Gorgas y Guiteras: todas ellas no han hecho otra cosa que confirmar la verdad de la teoría de Finlay, inmortalizando su nombre, y aceptar las enseñanzas higiénicas implantadas en la Habana por Gorgas, en 1901, para combatir la fiebre amarilla, desterrándola de sus focos de origen y borrarla de los cuadros nosológicos de los países que han sabido velar por la salud de su pueblo" (4).

En más de una ocasión he tenido que romper lanzas en defensa de la verdad histórica, desconocida o tergiversada por los que han tratado de usurpar su gloria a Finlay; (5) gloria que es tan grande, como decía nuestro desaparecido Tamayo, que alcanza a cubrir a todos los que la pretenden, sin por eso disminuir los destellos de sus fulgores.

Felizmente estoy en un país, donde tiene todavía que escucharse el eco lejano de una voz, por desgracia ya extinguida, de quien fue

uno de los colaboradores más eficientes de Finlay, cuando el mundo médico proclamaba la verdad de su doctrina culcida de la fiebre amarilla.

Seguro estoy de que antes que mis labios pronuncien su nombre inolvidable, en todas vuestras mentes aparecerá el recuerdo imborrable de don Eduardo Licéaga. Permitidme, pues, antes de proseguir, dedicar un homenaje de respeto y cariño a aquel gran higienista que presidió los destinos sanitarios de este país, y que aplicando debidamente las doctrinas de Finlay, supo erradicar de vuestro suelo la fiebre amarilla, como antes lo hiciera Gorgas en el nuestro y posteriormente realizara él mismo el saneamiento de Panamá.

No voy a tratar aquí de los pretendidos precursores que se dice tuvo Finlay en Bauperthuy, en Nott y en King, pues es éste un asunto que dejé debidamente dilucidado en nuestra Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, en la sesión del 23 de mayo del año último (1930) (6).

Sería ofender la ilustración de todos vosotros si refiriese los incomparables trabajos experimentales de la Comisión de Médicos del Ejército Americano, integrada por Walter Reed, James Carroll, el malogrado Jesse W. Lazear (víctima de la propia fiebre amarilla en que experimentaba) y por nuestro compatriota Arístides Agramonte, (7) realizados en 1900, en la ciudad de la Habana.

No me voy a referir tampoco a lo que han pretendido algunos al suponer que Reed fue el que descubrió el germen de la fiebre amarilla, pues por desgracia todavía éste escapa a las investigaciones de los científicos que lo persiguen, máxime después del triste fracaso del sabio japonés Noguchi, quien pagó con su vida—a pesar de su pretendido *Leptospira íctero-hemorrágico*, y de su vacuna preventiva y de su suero curativo—el haberse apartado de las doctrinas de nuestro Finlay, para caer herido por el germen de la enfermedad que escapó a sus investigaciones (8).

No trataré, por último, de la mala fe con que se omitió el nombre de Finlay entre el de los grandes higienistas de la medicina tropical, al inscribir los de estos en el frontispicio del Instituto de Medicina Tropical de Londres, porque esto lo he dejado demostrado en otro trabajo leído ante la misma Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana y publicado en la prensa médica de mi país (9). De nada de esto he de tratar aquí, pues ya lo ha sido suficientemente en su oportunidad.

Trataré solamente de la obra fundamental de Finlay, admirable-

mente expuesta en las tres conclusiones que os acabo de leer hace breves momentos.

Allí están consignados con claridad meridiana, y con la sintética brevedad que caracteriza la obra del sabio, lo que ninguno antes que él, había dado a conocer, es decir: la transmisión de una enfermedad del hombre enfermo al hombre sano por el intermedio de un insecto chupador de sangre: del *Culex mosquito* (como Finlay lo llamara), del *Stegomyia calopus*, del *Aedes aegypti*, como se le llamó más tarde.

En ese mismo trabajo, el fundamental del año 1881, Finlay con la clarividencia que caracterizaba sus estudios en esta materia, formuló la cuarta de sus conclusiones, en esta forma:

“Si llegase a comprobarse que la inoculación por el mosquito no tan sólo puede reproducir la fiebre amarilla, sino que es el medio general por el cual la enfermedad se propaga, las condiciones de existencia y de desarrollo de ese díptero explicarían las anomalías hasta ahora señaladas en la propagación de la fiebre amarilla y tendríamos en nuestras manos los medios de evitar por una parte, la extensión de la enfermedad, mientras que, por otra, **podrían preservarse con una inoculación benigna los individuos que estuviesen en aptitud de padecerla**”. (Lo subrayado es mío. Le-Roy) (10).

Pero, como Finlay tenía muy presente, por la bondad que lo caracterizaba, el aforismo **Primum non nocere**, dedicóse a estudiar profundamente en 1882 el problema de las formas benignas naturales de la enfermedad, a fin de poder compararlas con las manifestaciones leves, que únicamente eran de esperarse con las inoculaciones preventivas que tenía en proyecto; teniendo en cuenta que él mismo afirmó que:

“...mi principal cuidado se dirigía a **evitar** y no a **provocar** un ataque grave de fiebre amarilla experimental” (11).

En un trabajo que presentó en la Sociedad de Estudios Clínicos de la Habana en las sesiones del 31 de enero y 29 de febrero de 1884, con el título “Fiebre Amarilla experimental comparada con la natural en sus formas benignas” (12) manifestó Finlay que:

“La experimentación deberá hacerse en el hombre en condiciones tales que podamos regular la intensidad de sus efectos consecutivos, a fin de no exponernos a determinar formas graves o mortales de la enfermedad.”

Por donde se ve que más de tres lustros antes de que se aplicaran sus doctrinas ya había enunciado de manera clara y evidente la

profilaxis de la enfermedad que tantos millones de víctimas ha causado en el Nuevo Mundo y hasta en el Antiguo Continente.

Esta conclusión, principio fundamental y básico de toda la campaña preventiva de la fiebre amarilla, es tanto más importante recordarla cuanto que formulada al comenzar el año 1884, le dió forma definitiva en 1898, en nuestra Academia de Ciencias, en la sesión del 13 de noviembre, a que hube de referirme al leerlos los párrafos de mi trabajo presentado en Nueva York en 1921.

Pero antes, en un célebre manuscrito de 1891, enviado por Finlay al doctor E. P. Davis, para su publicación en **The Journal of the Medical Sciences** de Filadelfia con el título "Transmission of Yellow Fever by the Culex Mosquito", y dado a conocer en 1903 por el doctor Juan Guiteras, dijo Finlay:

"Por **mosquito contaminado** entiendo yo el insecto que ha picado un caso de fiebre amarilla en los primeros seis días de la enfermedad, y es mi opinión que mientras que una o dos picadas de mosquitos recientemente infectados podrán ocasionar en una persona susceptible, ya un ataque ligero, ya una inmunización sin fenómenos patológicos, resultaría, al contrario, un ataque grave, a consecuencia de un número mayor de picadas; y creo también que lo mismo sucedería a consecuencia de una sola picada de un mosquito que haya sido alimentado exclusivamente de dulces **durante varios días o semanas después de su contaminación**. (Lo subrayado es mío. Le-Roy). En este caso, los gérmenes habrán tenido tiempo para desarrollarse más abundantemente sin que el insecto haya podido desembarazarse de ellos en el intervalo, acrecentándose proporcionalmente la virulencia de la infección" (13).

De lo expuesto se deduce que Finlay había dado a conocer todo cuanto constituye la doctrina culícida de la fiebre amarilla, mucho antes de que existiera la inolvidable Comisión Americana, que como dije antes, **sólo confirmó** la teoría de Finlay, y de que Gorgas, **aplicándola** llegase a fijar su celebre nivel mosquito, que tantos éxitos le produjeron ulteriormente a la campaña con que erradicó la fiebre amarilla de la Habana.

La incubación en el cuerpo del mosquito, del agente etiológico de la fiebre amarilla, atribuída a la Comisión Americana, por una parte, y a la hermosa concepción epidemiológica de Carter, por otra, también las enunció Finlay en la segunda de sus conclusiones fundamentales, cuando de manera categórica afirmó la necesidad de la **"Prolongación de la vida del mosquito entre la picada hecha en el**

enfermo y la que deba reproducir la enfermedad (14); y posteriormente en 1894 en el Octavo Congreso Internacional de Higiene y Demografía de Budapest, cuando formuló su plan de profilaxis al **considerar como inseguro todo lugar mientras vivan en él mosquitos que hayan picado enfermos de fiebre amarilla** (15).

No sólo se ocupó Finlay en conferir la inmunidad a los sujetos aptos para contraerla, por medio de las inoculaciones de los mosquitos contaminados, sino que adelantándose a su época concibió un recurso terapéutico que preconizó como profiláctico y quizá como curativo al decir:

“...he pensado que la fiebre amarilla sea entre todas las enfermedades de la patología humana la que mejor se presta a la medicación por medio de inyecciones con la serosidad inmunizante de sujetos aclimatados, ya con el objeto de procurar una protección profiláctica a los recién venidos, ya para combatir las manifestaciones alarmantes en los casos graves de la enfermedad” (16).

Este recurso terapéutico no fue otro que el suero de un sujeto inmune, recogido en la serosidad de un vegigatorio aplicado con todas las condiciones de asepsia necesaria, e inyectado al sujeto a quien se trata de inmunizar, cosa que también publicó en junio de 1898, según lo describe en el trabajo “A plausible method of vaccination against yellow fever”, inserto en **The Philadelphia Medical Journal**, en el cual reproduce también la favorable opinión emitida por el doctor Roux, del Instituto Pasteur de París, en carta del 10. de diciembre de 1894, sobre lo perfectamente fundado de la idea que somete a su juicio; y en que manifiesta además que él cree tener la idea de haber sido el primero en aplicar el principio del descubrimiento de Behring y Kitasato al sujeto humano (17).

No me referiré a sus lucubraciones para describir el agente causal de la fiebre amarilla, porque al igual de los otros investigadores de este sector etiológico fracasó, como han fracasado hasta hoy cuantos han pretendido encontrarlo.

No trataré aquí de sus ideas sobre el cólera morbo asiático, hablando en el año 1865 de **gérmenes preexistentes** (18) cuando ni se pensaba en los trabajos de Pasteur, de Koch, etc., y describiendo la marcha hídrica de un sector de la epidemia de 1867 en las casas que atravesaba la zanja real en el Cerro en su trabajo “Transmisión del cólera por medio de las aguas corrientes cargadas de principios específicos” (19); y “Explicación del cuadro de casos de cólera obser-

vados en el Cerro, desde noviembre 11 de 1867 hasta enero 29 de 1868" (20).

No recordaré sus trabajos higiénicos y demográficos en los que hizo la "Apología del clima de Cuba" (21) en las memorables discusiones que sostuvo en 1878, y en las que demostró lo injusto de los calificativos de **insano** y **mortífero**, aplicados a nuestro suelo; probando por el contrario que: "el clima de Cuba debe considerarse como uno de los más saludables del mundo para la raza blanca" (22).

No me ocuparé de sus trabajos sobre el tétanos neo-natorum, que tantas víctimas causara antaño en nuestra población infantil, y cuyo flagelo extinguió por completo al ocupar la Jefatura Superior de Sanidad de la Isla, al constituirse la República, con la implantación de los paquetes antisépticos para la cura del cordón umbilical, suprimiendo el antiguo uso del pabilo alojador del bacilo de Nicolaier (23).

No insistiré sobre los magníficos trabajos realizados por Finlay sobre la tuberculosis; sobre la filaria hemática, observada por él antes que por nadie en nuestra patria; sobre la trichinosis y el beriberi; sobre sus lucubraciones matemáticas, filosóficas y filológicas, y sobre otras múltiples actividades de su polifacética vida, porque de todos estos aspectos y particulares me he ocupado en diversas circunstancias, y principalmente en el **Elogio** que leí en nuestra Academia de Ciencias (24) en el tercer aniversario de su muerte, el 20 de agosto de 1918, y, sobre todo, porque como indica el título de este trabajo sólo he querido ocuparme de su obra fundamental, la que lo ha consagrado como inmortal: la fiebre amarilla.

A este respecto recordaré, sí, la frase del inolvidable General Leonardo Wood cuando dijo que **la obra de Finlay bien valía la guerra contra España**, como para significar la magnificencia de aquello que él consideró, copiándolo del mismo sabio, de que la confirmación de su doctrina

"...constituirá en el dominio de la patología la hazaña más importante del siglo, y podrá asegurarse que, desde que aquel gran bienhechor de la humanidad, el inmortal Jenner, promulgó la realidad de su vacunación con el Cowpox, no se ha producido otra que la igual" (25).

Antes de terminar, permitidme reproducir un párrafo escrito por el nunca bastante llorado Guiteras, donde de manera magistral, digna de tan ilustre profesor se condensa la obra de Finlay: dijo así:

"No hay hecho fundamental, ni aplicación práctica importante en

la doctrina de la transmisión de la fiebre marilla por el mosquito que no haya sido previsto desde el principio por Finlay. Las bases y el método de experimentación fueron indicados por Finlay; y cuando llegó la hora de las experiencias novísimas, informadas ya por los descubrimientos recientes sobre el paludismo, a él se tuvo que apelar para el conocimiento del mosquito que él, con singular perspicacia, había señalado como transmisor de la fiebre amarilla; y hasta fue necesario, finalmente, empezar las experiencias con insectos suministrados por él mismo" (26).

Desconocer la obra de Finlay, dudar de que éste la hubiera dado a luz completa, desde el primer instante, es signo revelador de ignorancia. El tiempo transcurrido desde su iniciación hasta el momento actual, sólo ha servido para demostrar la verdad de la doctrina enunciada en 14 de agosto de 1881; y la campaña triunfal llevada a cabo por los continuadores de Oswaldo Cruz, en el Brasil, no han hecho sino confirmar la genial videncia de Finlay, al arrancar la naturaleza los enigmas de la propagación de la fiebre amarilla, cuyo maléfico influjo impedía al hombre toda actividad provechosa en el gran escenario de la vida en el trópico, y han preparado el camino a los trabajadores de la Fundación Rockefeller, en el Africa Occidental, para descubrir el germen tanto tiempo perseguido y todavía por conocer.

REFERENCIAS

(1) "Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana", t. XVIII, p. 175-177. Sesión de 14 de agosto de 1881. El mosquito y la fiebre amarilla.

(2) "William Crawford Gorgas, his life and work", by Marie D. Gorgas and Burton Hendrick, s. a. (1924). Lea & Febiger, Philadelphia, New York.

(3) La primera epidemia de fiebre amarilla en la Habana, en 1649. Trabajo presentado al VII Congreso Médico Nacional, diciembre 1927.

(4) Desenvolvimiento de la Sanidad en Cuba durante los últimos cincuenta años (1871-1920), por el doctor Jorge Le-Roy y Cassá, Representante de Cuba ante la American Public Health Association, New York, 14-19 noviembre, 1921. Habana, imprenta La Moderna Poesía, 1922, p. 37-39.

5) Higiene Pública. Fiebre Amarilla. Contestación al doctor Ernesto Edelman. "Revista Médica Cubana", Habana, septiembre 1902, t. I, p. 208-213. (Combato en este trabajo una serie de apreciaciones erradas sobre Finlay y su doctrina del mosquito como medio transmisor de la fiebre amarilla).

Fiebre Amarilla. Acerca de su transmisión por el mosquito. "Revista Médica Cubana", Habana, 1o. junio 1903, t. II, p. 293-299. Este mismo trabajo fue publicado en portugués con el título "Febre amarella", precedido de la carta que en 8 de septiembre de 1903 dirigió al doctor Arthur Mendoca, Director de la "Revista Médica de S. Paolo", Brasil. Anno VI, No. 20, del 31 outubro 1903, p. 434-437.—(Es una refutación de los errores y falsedades escritas por el doctor Agustín M. Fernández de Ibarra en la carta dirigida en 28 de febrero de 1903, al doctor Rafael Rodríguez Méndez, Director de la "Gaceta Médica Catalana" sobre "La falacia sanitaria del mosquito en la fiebre amarilla").

Por la verdad. Contestación al artículo del doctor Aristides Agramonte "En honor de la verdad". "Revista Médica Cubana", febrero 1905, t. VI, p. 55-61; folleto reimpreso de la anterior revista, Habana, Imprenta Mercantil, 1905, en 4o., 7 páginas. (Se refiere a la fiebre amarilla y a los trabajos de Finlay, que supone desconocidos en el extranjero).

Declaración referente a la fiebre amarilla. "The Journal of the American Medical Association", Chicago, Ill., febrero 1o. 1924. vol. XI, p. 200-201, de la edición en español; reproducida mi carta en "Vida Nueva", Habana, enero 1924, t. XVI, p. 4-5 con el título "Carta del Dr. Jorge Le-Roy"; en la "Revista de Medicina y Cirugía de la Habana", 10 de febrero 1924, t. XXIX, p. 107-108, aquí con este otro "Una carta del Dr. Le-Roy"; y en la "Revista Bimestre Cubana", Habana, marzo-abril 1924, vol. XIX, p. 120-122, aquí con este otro "Carta acerca de Finlay". (Con motivo de unas preguntas formuladas por el Dr. O. W. Hart, de New Orleans y la respuesta del periódico, demuestra la ignorancia de la historia médica contemporánea o el propósito deliberado de restarle su gloria a Finlay).

La doctrina de Finlay en la fiebre amarilla. Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, sesión del 25 de enero de 1924. "Anales, etc.", t. LX, p. 634-638. (Consideraciones con motivo del trabajo del Dr. Diego Tamayo "Recuerdos del pasado en la investigación de la fiebre amarilla" y respecto a la actuación de la Rockefeller Foundation y de algunos periódicos americanos acerca de Finlay y su doctrina del mosquito).

Consideraciones relativas al trabajo del Dr. Diego Tamayo "Informe de los trabajos de Finlay". Academia de Ciencias, etc., sesión del 14 de marzo de 1924, "Anales, etc.", t. LX, p. 974-975. (El trabajo aludido se intituló después "Informe sobre el Finlayismo" y aparece publicado en el mismo tomo, p. 978-991).

Véase también: "Justicia a la memoria del Dr. Finlay". Discurso de ingreso como Académico Correspondiente Nacional (Camagüey), por el Dr. Ramón V. Guerrero y Betancourt. Academia de Ciencias, etc., sesión del 14 de marzo 1924. "Anales", t. LX, p. 992-1005.

Reivindicación de la gloria de Finlay. Academia de Ciencias, etc., sesión del 4 de febrero 1927. "Anales", etc., tomo LXIII, p. 794-814. (Véase el acta de sesión en las p. 778-781); "Revista de Medicina y Cirugía de la Habana", 25 de enero 1927. (Aquí aparece publicado antes de la fecha de su lectura en la Academia, por haberse anunciado la del trabajo para la sesión de enero, en la que no se pudo leer: pero en la nota al pie de la página se fija la fecha de su lectura); "Sanidad y Beneficencia". Habana, enero-febrero-marzo 1927, t. XXXI, p. 204-215; "Finlay", Revista de divulgación sanitaria. Habana, agosto-septiembre-octubre 1927, t. I, p. 71-86.

Véase también: "La reivindicación de Finlay", por el doctor Emilio Martínez. Academia de Ciencias, etc., sesión del 14 de enero 1927, "Anales", t. LXIII, p.

740-744. (Traduce párrafos dedicados a la fiebre amarilla por el autor americano Paul de Kruif en su obra "Microbe Hunter", en la que como dice Martínez: "es la primera vez que los millones de habitantes americanos conocerán la verdad sobre el descubrimiento de nuestro Finlay").

Rectificación de errores sobre la fiebre amarilla. Carta dirigida, por mediación del doctor Eliseo Cantón, al Director de la Revista "Caras y Caretas", de Buenos Aires, Argentina, el 18 de abril 1929, y publicada, en extracto en dicho periódico el 6 de junio de 1929. (Se refiere al pretendido descubrimiento de Noguchi, con su "Leptospira icteroides" y al desconocimiento absoluto de Finlay).

Correspondencia con los señores Parke, Davis y Compañía, a propósito de la supresión del nombre de Finlay en un artículo intitulado: "¡Caballeros, os admiro! Comisión de la fiebre amarilla. Habana, 1900", publicado en "Notas Terapéuticas", New York, agosto 1930 y aclaración acerca del mismo artículo en el mismo periódico, febrero 1931, vol. XXIV, p. 6-7.

(6) Otra omisión de Finlay.—¿Ignorancia o mala fe? "Revista Médica Cubana", Habana, agosto 1930, t. XXXXI, p. 969-982.

(7) Etiología de la fiebre amarilla. Nota preliminar por el Dr. Walter Reed, Cirujano del Ejército de los Estados Unidos y los Cirujanos Auxiliares James Carroll, A. Agramonte y Jesse W. Lazear, "Philadelphia Medical Journal", octubre 27, 1900, traducido y publicado por el doctor Juan Guiteras. "Revista de Medicina Tropical", Habana, octubre 1900, t. I, p. 49-64.

La Etiología de la fiebre amarilla. Nota adicional, por los doctores Walter Reed, Cirujano y James Carroll y Aristides Agramonte, Cirujanos Auxiliares de los Estados Unidos. Tercer Congreso Médico Pan Americano celebrado en la Habana en los días 4, 5, 6 y 7 de febrero de 1901. "Actas de las Sesiones y Memorias presentadas". Habana, 1902, t. I, p. 302-322.

(8) Nuevos datos etiológicos de la fiebre amarilla. Academia de Ciencias, etc., LXIV, p. (1); sesión del 27 abril 1928; "Revista de Medicina y Cirugía de la Habana", junio 1928, tomo XXXIII, p. 299-309; "Revista Médica Cubana", Habana, junio 1928, t. XXXIX, p. 659-666; "Gaceta Médica de Caracas", Venezuela, 15 septiembre 1929, t. XXXVI, p. 245-248 (reproducido íntegro con una introducción intitulada "Actualidades" por el Secretario de la Academia Nacional de Medicina, y publicado como artículo de fondo).

Véase también: Consideraciones acerca del agente etiológico en la fiebre amarilla, por el Dr. Aristides Agramonte, "Revista de Medicina y Cirugía de la Habana", marzo 10 de 1928, t. XXXIII, p. 184-192.

(9) Otra omisión de Finlay. ¿Ignorancia o mala fe? Academia de Ciencias, sesión del 23 de mayo de 1930. "Revista Médica Cubana", Habana, agosto 1930, t. XLI, p. 969-982.

(10) "Anales", etc., t. XVIII, p. 168. "Trabajos selectos", p. 23.

(11) Reseña de los progresos realizados en el siglo XIX en el estudio de la propagación de la fiebre amarilla, por el doctor Carlos J. Finlay. "Trabajos Selectos", pág. 375.

(12) Fiebre amarilla experimental comparada con la natural en sus formas benignas, por el doctor Carlos J. Finlay. "Archivos de la Sociedad, etc.", t. XII, p. 284; y "Trabajos Selectos", p. 73. Tomado del folleto reproducido en los "Archivos", etc. Habana, 1904, 2a. edición, revisada y anotada por el autor.

(13) Transmisión de la fiebre amarilla por el *Culex* mosquito, por el doctor Carlos Finlay. Manuscrito de 1891. "Revista de Medicina Tropical", Habana, julio 1903, t. IV, p. 124-132; Transmisión of Yellow Fever by the *Culex* mosquito. By doctor Charles Finlay, Havana. Manuscript dated, 1891. La misma Revista, p. 134-143. Está fechado en la Habana en diciembre 31 de 1891; "Trabajos Selectos", p. 451-458 y en castellano en las p. 461-468.

(14) "Anales", etc., t. XVIII, p. 164; "Trabajos Selectos", p. 20.

(15) "Finlay to consider any place unsafe so long as that last mosquitoes which have stung Yellow Fever patients may be alive in it."

"Yellow Fever Immunities.—Modes of propagation.—Mosquito theory. "Trabajos Selectos", p. 232. Tomado de los "Comptes Rendus et Mémoires de Huitième Congrès International d'Hygiène et de Démographie", tenu à Budapest du 1 au 9 septembre 1894, p. 702-706.—Revised by the autor.

(16) "Anales", etc., t. XXIX, p. 204. Comunicación acerca de un nuevo recurso terapéutico en el tratamiento de la fiebre amarilla. "Real Academia de Ciencias", etc., sesión del 14 de agosto de 1892. "Trabajos Selectos", p. 222.

(17) "Trabajos Selectos", p. 339-341.

(18) "Anales", etc., t. II, p. 375-383. El cólera y su tratamiento, por el doctor C. Finlay.

(19) "Anales", etc., t. X, p. 159-170. Sesión del 28 de septiembre de 1873.

(20) "Anales", etc., t. XI, p. 70-75. La misma sesión. "Trabajos Selectos", p. 575-609.

(21) "Gaceta Médica de la Habana", diciembre 10. de 1878, Año I, No. 2.

(22) "Anales", etc., t. XV, p. 261-273.

(23) "Informe Sanitario y Dermográfico de la Ciudad de la Habana y de la Villa de Guanabacoa", presentado al señor Secretario de Gobernación, doctor Diego Tamayo, por el doctor Carlos J. Finlay Jefe de Sanidad. Septiembre 1902 y además en el "Informe Bi-Anual Sanitario y Demográfico de la República de Cuba". Años 1902-1903, en las cartas de remisión respectivas.

(24) "Anales", etc., t. LV, p. 335-399. Elogio del doctor Carlos J. Finlay, por el doctor Jorge Le-Roy y Cassá. Sesión extraordinaria del 29 de agosto de 1918.

(25) "Revista de Medicina Tropical". Habana, abril 1901, t. 11, p. 55-63; Reseña de los progresos realizados en el siglo XIX en el estudio de la propagación de la fiebre amarilla, por el doctor Carlos Finlay; "Tercer Congreso Médico Pan Americano", celebrado en la Habana, Cuba, en los días 4, 5, 6 y 7 de febrero de 1901. Actas de las sesiones y memorias presentadas, t. I, p. 195-204; "Tratados Selectos". p. 369-376.

(26) "Revista de Medicina Tropical", Habana, julio 1903, t. IV, p. 121-123. Fiebre amarilla. Un trabajo inédito del doctor Finlay. Traducido del inglés con una nota preliminar por el doctor Juan Guiteras. "Trabajos Selectos", p. 459-461. (El trabajo a que se refiere es Transmisión de la fiebre amarilla por el *Culex* mosquito. Manuscrito de 1891). Le-Roy.